

te, como si lo que el libro dijera no haya dejado huella en su corazón, porque él no tiene credencial. Aun así, como el primer puesto de observación de Colón, cada uno tendrá que descubrir lo que a él o a ella le interesa, sabrá por fin lo que es amar —acontecimiento cotidiano— porque en la biblioteca, esas epifanías, esos enriquecimientos de la mente y vuelcos del corazón, son cosa de todos los días.

La fibra del papel y sus impredecibles sentidos

Antonio Saborit

Cuando un hombre es infeliz escribe las peores poesías, anotó Samuel Taylor Coleridge en uno de los documentos más cuidadosamente leídos por escritor o académico alguno. Se trata de un cuaderno de apuntes de noventa hojas de extensión que se conserva en el Museo Británico, “uno de los expedientes más esclarecedores en esa casa de tesoros”, como escribió John Livingston Lowes, quien lo trabajó de manera exhaustiva hasta concluir el manuscrito del libro *The Road to Xanadu. A Study In the Ways of Imagination*, publicado en 1927. Este cuaderno es pequeño, como queda dicho; la mano de Coleridge lo fechó entre 1795 y 1798 —los años de su florecimiento como poeta—, y está plagado de reflexiones y borradores de versos escritos con lápiz o pluma, siempre en desorden. Su valor es incalculable no sólo para entender a Coleridge, sino también porque es un documento de la psicología del genio y una clave para acceder a los secretos del arte en su proceso, escribió Lowes. Importa el apunte sobre la infelicidad y las peores poesías porque, me temo, lo que viene está plagado de mala poesía, no obstante la reparación que me procura reflexionar aquí sobre algo que tiene que ver con la resistencia de un material tan frágil como el papel —el papel del que está hecho el cuaderno de Coleridge, por ejemplo—, y la variedad de sus vidas —en las manos de su propietario, primero, y después en las de las sucesivas generaciones de lectores que atinaron a pasar por él, desde su aparición en el XVIII hasta nuestros días.

* * *

A veces, ante lo efímero de nuestra vida, muchos desearían para sí y para sus seres queridos la fragilidad del papel. La imagen tiene su encanto, sin duda. No por nada Elías Canetti hizo que el protagonista de la novela *Auto da fe*, Kien, prendiera fuego a su enorme biblioteca en un gesto de rabia y suprema rebeldía.

Sin embargo, para disuadir de lo cojo de semejante aseveración a los que encandila la engañosa levedad del papel, no sólo bastaría anteponer la aseveración de Coleridge sobre los riesgos de mezclar la infelicidad con el deseo de hacer poesía (pues cuando no hay dicha nadie le hace caso ni siquiera a su buen gusto), sino más bien habría que ayudar a esos poetas de ocasión a imaginar cuál es el destino de la sábana que envuelve al pequeño cilindro de un cigarro y hacerles ver que la sobrevivencia del papel, hoy más que nunca, suele ir asociada a las palabras o a las imágenes que un azar depositó sobre su superficie. El papel vale y atrae por lo que alguien más guardó en él, y para poderlo disfrutar demanda una habilidad: la lectura, que por cierto tiene muy poco que ver con la felicidad. Si bien es cierto que tanto la lectura como la felicidad tienen en común esto: que ambas dependen de procesos de construcción que rara vez nos satisfacen plenamente pero que siempre se dan en la soledad del silencio; la lectura, al revés de la felicidad, no sólo nunca termina sino que en realidad apenas comienza cuando creemos haber acabado de leer.

Me refiero al tipo de lectura que se espera de escritores y académicos, entre quienes debiera ser un rasgo constante de nuestro quehacer profesional la insumisión ante las verdades establecidas por los usos y costumbres gremiales y ante los significados aparentes de las palabras.

La mayor parte del tiempo los escritores y los académicos somos lectores póstumos, para decir rápido y mal el tipo de escenario en el que se da el ejercicio intelectual que la lectura echa a andar. Pienso en particular en los momentos en los que nuestra lectura avanza entre las llamadas colecciones especiales, como lo son las que forman los libros que pertenecieron a uno de nuestros personajes, o bien al escudriñar con toda intención en archivos y bibliotecas los documentos personales que sobrevivieron a los naufragios del tiempo y sus mudanzas. Al leer los libros que nuestros personajes leyeron y tomar nota de las señales que ellos dejaron de su entusiasmo en el subrayado franco de ciertos pasajes o bien en leves marcas sobre los márgenes, ingresamos a la cara oculta de la "lectura estética" de la que alguna vez habló Alfonso Reyes. Llamemos de algún modo a esta lectura; por ejemplo: "lectura interpretativa", en atención a que uno de sus objetivos no es otro que desentrañar cuánto ha quedado sobre la fibra del papel. Al leer los libros que nuestros personajes leyeron hace cien o doscientos años, o tal vez sólo cincuenta, en el mismo ejemplar que cupo conservar, en el peor de los casos nos podemos familiarizar con lo más efímero e irrecuperable de sus existencias: el placer de cada día; en el mejor de los casos, documentamos el origen de algunas de sus ideas o bien la formación de su concepción del mundo. Con mucha suerte quizás hasta se llegue a establecer alguna genealogía de trascendencia, útil para ubicar a nuestro personaje en los escenarios de su vida; con menos, habremos tocado lo nada absoluta que es la materia prima de todo lo pretérito. Me pregunto si sabemos realmente lo que hacemos en esos largos silencios. La investigación nos transforma en unos profesionales de la lectura en voz baja, y su único fin es dar forma a una lectura creativa.

La primera lealtad de la lectura es con el texto. Tal lealtad tiene vedada la liberalidad de los anacronismos —que no sé por qué inco-

Al leer los libros que nuestros personajes leyeron hace cien o doscientos años, o tal vez sólo cincuenta, en el mismo ejemplar que cupo conservar, en el peor de los casos nos podemos familiarizar con lo más efímero e irrecuperable de sus existencias: el placer de cada día; en el mejor de los casos, documentamos el origen de algunas de sus ideas o bien la formación de su concepción del mundo. Con mucha suerte quizás hasta se llegue a establecer alguna genealogía de trascendencia, útil para ubicar a nuestro personaje en los escenarios de su vida



El saber se construye con un gran número de piezas, muchas de ellas aisladas en función de su procedencia, esto es, de los depósitos que las guardan y conservan, pero siempre y cuando logremos que estas partes formen una secuencia verosímil.

modan menos en las apreciaciones de la crítica literaria que en la historia— y contempla al texto desde la perspectiva del autor y en seguida desde la mira de sus primeros lectores, quienes se encargaron de construir el primer eslabón en una cadena de sentidos que casi siempre llega hasta nuestros días. No es fácil reconstruir estos primeros sentidos; pero no sólo es aquí donde la fibra del papel descubre su entereza, sino donde además comienza a cobrar forma una lectura creativa y densa, que es por cierto la más limitada de todas las lecturas. Para empezar, los escritos se transforman en fuentes y trazan así la primera línea de demarcación que debe respetar nuestra lectura; el siguiente límite lo establece nuestra experiencia como lectores —siempre justificablemente pobre o inexplicablemente plena, no sé por qué; y el último aparece en la capacidad para ensamblar las piezas reunidas hasta formar secuencias con todas y cada una de las partes. El saber se construye con un gran número de piezas, muchas de ellas aisladas en función de su procedencia, esto es, de los depósitos que las guardan y conservan, pero siempre y cuando logremos que estas partes formen una secuencia verosímil. Esta lectura al principio parece dejar muy poco a quienes empeñan sus talentos en ella. Sin lugar a dudas es mucho menos notoria que una lectura nada más mediana, que suele gozar de la aceptación inmediata entre nuestros gremios por la sencilla razón de que la mayor parte del tiempo las lecturas se limitan a confirmar interpretaciones previas. Construir nuevos sentidos para textos viejos no sólo es arduo, sino que no a todos les interesa o se han planteado siquiera la posibilidad de hacerlo. Más aún, se suele creer que un nuevo lector producirá naturalmente una nueva lectura —lo cual es una de las falacias más comunes.

* * *

Es paradójico que las malas lecturas, o mejor dicho, las lecturas menos creativas, resulten a la postre más persistentes que la fibra del papel, la cual en algún momento se llegó a considerar más frágil que cualquier otro sólido. Siempre será más sencillo dar con un estudio mediano sobre la poesía de José Gorostiza que conseguir un ejemplar de la primera edición de *Muerte sin fin*.

Pero volvamos la vista ahora a la fibra del papel. La obsolescencia anunciada del papel le concernía exclusivamente a los pliegos que empezamos a emplear industrialmente hacia el final del siglo XIX. Su composición, en efecto, le tiene contadas las horas a miles de millares de documentos, libros y publicaciones periódicas. Por fortuna, sin embargo, todo parece indicar hoy que ese papel tiene más vidas que cualquier personaje de Luigi Pirandello; y acaso logren sobrevivir muchos de esos documentos y libros y folletos y revistas y periódicos, junto con los resistentes materiales de papel de trapo de los siglos anteriores, a los rollos de micropelícula con los que se les empezó a reemplazar con cierta desesperación y no poca pericia hace apenas unas cuantas décadas.

El papel envejece ante nuestros cada vez más fatigados ojos. Creo en lo personal que nuestro decaimiento físico, sentimental e intelec-

tual es más drástico que el de muchos otros seres del reino natural, y sin embargo he notado que tanto a los escritores como a los académicos nos amedrenta menos el resistible deterioro de nuestras facultades que el de la hoja que desgarramos por accidente al pasar la página de algún periódico en la hemeroteca. Los amigos se van, se deshacen en nuestras manos los amores que alguna vez pensamos a prueba de nuestra propia acidez, nos vamos conformando con la fragilidad de nuestras propias lecturas y, al final del día, el espejo nos devuelve la imagen de esa persona que antes temíamos llegar a ser cuando el solo disco de la luna en nuestra ventana era motivo suficiente para sonreír con la vida o cuando nuestras horas eran siglos al imaginar lo que podíamos aprender. Y sin embargo el trabajo diario en el gabinete o en la sala de lectura sólo nos permite ver y experimentar un profundo sentimiento de dolor ante el desgaste del nitrato de plata en una película y el avance de un manchón de hongos sobre la placa de vidrio que examinamos en la filmoteca, sosteniéndola como una joya con el borde de nuestras yemas; nos lastima en lo más íntimo un trabajo de restauración mal hecho y la pérdida del llamado origen de procedencia de un expediente —pérdidas tan irreparables como muchos de nuestros días; nos puede echar a perder la temporada el extravío de un volumen y el hallazgo del zarpazo brutal de una navaja sobre la página que albergó originalmente un grabado de Escalante o de Manilla. Hace rato hablaba de la felicidad, y quizá deba volver a ella. Nadie negará el placer de trabajar en archivos y bibliotecas. Arlette Farge escribió un ensayo delicioso al respecto. Es el placer el que nos lleva a encerrarnos por días y semanas, en jornadas de insanos horarios, entre papeles viejos y vidas ajenas. Le tomamos cariño a la fragilidad aparente de los papeles con los que insistimos en trabajar, y, sin darnos cuenta, cumplimos puntual y felizmente aquello que observó Walter Benjamin en su primer libro, *Dirección única*: los llevamos a la cama, dominan la noche como si fuera de día y el día como si fuera de noche, los amamos con un amor desgraciado, nos convertimos en el tipo de personas que ellos necesitan y encima los atormentamos, los vemos por último desaparecer antes de perecer. Benjamin se refería en realidad a las semejanzas entre los libros y las putas, pero lo que sí puedo decir es que hemos hecho del trato con el papel otro de los comercios más antiguos, legítimos y hasta prestigiados. Qué duda cabe: es una mala vida, y, como tal, es una vida que acaba.

A tanto monta nuestra costumbre con el envejecimiento de la fibra del papel que incluso consentimos que ese envejecimiento se meta en la entraña de nuestras lecturas. Más fácil decirlo que explicarlo. Tal vez para ilustrar mejor lo anterior valga recurrir a *Onegin*, una película realizada acaso magistralmente por Martha Fieness. Se trata de la adaptación de los amores desdichados de Evgueni Onegin tal y como los imaginó Alexander Pushkin en su exitosa novela en verso que desde el comienzo del siglo XIX no ha dejado de inquietar a los violentos rebaños de lectores en Rusia. Para quienes no estén familiarizados ni con Pushkin ni con la puesta en escena de Fieness, buena parte de la trama de esta historia transcurre en los alrededores de San Petersburgo hacia el año de 1820 en torno al joven Evgueni y la bella Tatiana. El desenlace es tan trabajoso e infeliz como se quiera,

Hemos hecho del trato con el papel otro de los comercios más antiguos, legítimos y hasta prestigiados. Qué duda cabe: es una mala vida, y, como tal, es una vida que acaba.



Que antes de sepultar esos papeles bajo el peso del pasado, es nuestra obligación recuperar su efímera novedad, es decir, la inestabilidad de sus diversos sentidos originales —los sentidos que una carta de amor, por ejemplo, construyeron en su destinatario, el primer lector.

pero antes hemos de conocer el desarrollo de una de las historias de amor más auténticamente rusas de las que tenemos noticia y que comienza, al menos en esta documentada adaptación cinematográfica, la primera vez que Tatiana se encuentra a solas con Evgueni en el espacio de una enorme y bien provista biblioteca particular. Tatiana está ahí para tomar en préstamo alguno de sus volúmenes y Evgueni, en el habla lenta de su impasibilidad, le recomienda a la joven desconocida un Rousseau, *La nueva Eloísa*. Mi punto no es la soledad de la pareja, pues este tipo de coloquios construyen soledades en medio de la multitud; ni siquiera es la obligación del Rousseau en la trama ni tampoco la verosimilitud del retrato de la enorme y decrepita propiedad rural de la aristocrática ascendencia de Evgueni, sino esto otro: que no obstante las finas precisiones del guión de Michael Ignatieff y el tacto de Fieness, a ambos se les escapó el más común de los anacronismos cinematográficos: mostrar una biblioteca de época con volúmenes envejecidos, como si por fuerza en cualquier tiempo anterior al nuestro, los libros nunca hubieran sido nuevos, lo que le da a la atenta lectura de Tatiana a la orilla de un estanque el gesto de una académica instalada en cualquier sala de libros raros y manuscritos. Así que al sugerir que consentimos que se filtre hasta las entrañas de nuestras lecturas el envejecimiento de los papeles con los que solemos trabajar no he querido sino recordar que esos papeles alguna día fueron nuevos. Más aún: que antes de sepultar esos papeles bajo el peso del pasado, es nuestra obligación recuperar su efímera novedad, es decir, la inestabilidad de sus diversos sentidos originales —los sentidos que una carta de amor, por ejemplo, construyeron en su destinatario, el primer lector, como la carta en la que Tatiana descubrió los sentimientos de su amor vencido a Evgueni, tras sumarse a la caravana de Rousseau.

* * *



La crítica literaria debiera surgir de una deuda de amor, escribió George Steiner en su libro *Tolstoi o Dostoievski*. Lo mismo se puede decir con relación al trabajo que nos lleva a desentrañar los impredecibles sentidos que se conservan en la fibra del papel. Pues salta a la vista y a la vez es un misterio el modo en que los documentos se apoderan de nuestra imaginación. Al terminar de leer un libro, un expediente o un folleto no somos los mismos que cuando empezamos alguna de nuestras indagaciones, al amparo de la conocida aseveración según la cual el primer atributo del historiador es la ignorancia. Más adelante volveré sobre la deuda de amor.

Al llegar aquí en esta reflexión sobre el placer de trabajar con los materiales depositados en las bibliotecas y archivos, ha aparecido como una presencia real su verdadero tema: el deber. Al abrir las puertas de la percepción no son menos las responsabilidades que nos asedian que las ráfagas que sacuden nuestras certezas con sus poderes transformadores.

Aquí me he referido a una sola de esas responsabilidades: leer bien y cada vez mejor. Quizás esto diga muy poco. El aislamiento de los estudios históricos y literarios, producto en buena medida de su espe-

cialización, ha creado ya varias generaciones de malos lectores, o mejor dicho: de alfabetas resentidos que han hecho de la lectura un modo de expiar sus culpas sociales bajo la fachada de nobles objetivos comunitarios encapsulados en las ideologías del género y las diversas persuasiones culturales, sexuales y de clase. Harold Bloom vio crecer su impopularidad varios puntos al señalar esta situación; y con él, creo que este tipo de lectura, ya sea que se realice en el interior o al margen de los espacios académicos, no tiene más fin que el de hacer más grande la extensión de nuestras soledades.

Líneas atrás decía que si bien la lectura como la felicidad dependen de procesos de construcción que rara vez nos satisfacen plenamente y que siempre se dan en el silencio de la soledad, lo cierto es que la lectura, al revés de la felicidad, no sólo nunca termina sino que en realidad apenas comienza cuando creemos haber acabado de leer. Mucho podría enseñar la lectura a propósito de la naturaleza de la felicidad, no obstante que ni la risa ni las lágrimas suelen dejar una huella palpable, actual, en los documentos —como nos consta a quienes hemos manoseado expedientes procesales y psiquiátricos. Pero también la felicidad tendría algo que enseñarnos sobre la manera de conducirnos con nuestra lectura. En primer lugar hay que hacer por rozarse con ella. El lector siempre está afuera del texto, decía Robert Scholes en el libro que dedicó a los protocolos de la lectura. Eso significa ser lector, estar afuera. Se paga una cuota de entrada, desde luego; pero el precio que estemos dispuestos a pagar nunca garantizará nuestra recompensa pues el único premio aquí es un reintegro: saber que no escatimamos con nosotros mismos. En segundo lugar tenemos que poner siempre algo de nuestra parte. Así pues, para realizar todas y cada una de las lecturas creativas y laboriosas que nos importan tenemos que empezar a escribir con ánimo de provocar en otras lecturas semejantes a las nuestras. En tercer lugar debemos atrevernos a mirar en nosotros mismos. Leer lo que sea comporta un ejercicio de introspección: leer en nosotros mismos los papeles que tenemos sobre la mesa de trabajo; y debemos llevarnos esos papeles a casa, a la cama de ser posible —como recomendaba Walter Benjamin—, al interior de nuestros pensamientos y de nuestras vidas, a lo más profundo de nuestros juicios y nuestros actos. En cuarto lugar véase que la lectura, al igual que la felicidad, siempre es el esfuerzo de comprender y el esfuerzo de incorporar, simultáneamente. Quinto: hay que aceptar la dosis de invención que participa en la felicidad; pero no el autoengaño, tan inseparable de intensas dichas y dolores. Al leer inventamos al autor, inventamos sus intenciones, empleando para eso los documentos que hemos sido capaces de recabar con el fin de estimular nuestros procesos creativos —un estímulo, hay que decirlo, al que se llega en parte oponiendo restricciones a ese proceso. Por último del mismo modo en que hay que saber reconocer el guiño de la felicidad para no dejarla ir, tenemos que saber reconocer y saber incorporar los papeles que leemos a nuestro repertorio documental, un proceso tan íntimo como lo es el gesto de acomodar un libro en un estante, pero mucho más delicado y exigente que el de conectar un nuevo componente desconocido a nuestro aparato de sonido, en el cual hay que hacer las conexiones en los lugares adecuados.

Al leer inventamos al autor, inventamos sus intenciones, empleando para eso los documentos que hemos sido capaces de recabar con el fin de estimular nuestros procesos creativos —un estímulo, hay que decirlo, al que se llega en parte oponiendo restricciones a ese proceso.



Volvamos a la deuda de amor. Tiene que ver, como ya se dijo, con el modo en que la lectura y apreciación de los impredecibles sentidos de la fibra de papel se apodera de nuestra imaginación, transformándola. Pero también tiene que ver con la capacidad de la lectura para recrear la vida. El cuaderno de notas de Samuel Taylor Coleridge, gracias a la erudita lectura y a la sabia exposición de John Livingstone Lowes, se transformó en un surtidor de indicios sobre la “vasta, dispersa y amorfa nebulosa” de la que surgieron, como asteroides, poemas como “Christabel”, “Kubla Kahn” o “The Rime of the Ancient Mariner”. Pero no sólo eso. Además, ahí la lectura se mostró como lo que es: la pieza fundamental para sumergirse, primero, en el caos sin forma ni límites aparentes que a veces ofrece lo pretérito. Y para después transformar ese caos en la antesala del cosmos y de la vida nueva.

* * *

Al principio de la década de los noventa, Ruggiero Romano me planteó una pregunta inesperada: qué documento me gustaría encontrar en el archivo. Era la primera vez que conversaba con Romano y compartíamos el pan y la sal en el Restaurante del Bosque luego de una charla inolvidable sobre Montaigne y América, la cual derivó de manera magistral hacia un retrato de los últimos días de su amigo José Carlos Mariátegui. Maestro de numerosos maestros, Romano se acomodaba entonces a las primeras horas largas de su jubilación.

—Me gustaría formar un libro —dijo Romano—, aunque bien, no cualquier libro sino uno particular, pidiendo a unos cuantos colegas que escribieran algo sobre ese documento tan especial que hasta hoy los ha eludido en su vida profesional. —Hizo una pausa para tomar un pedazo de pan, remojarlo en una salsa verde y meterlo a la boca entre un manoteo silencioso—. Ese documento: ¡Ah!; el documento feliz, afortunado. Y a usted, ¿qué documento le gustaría encontrar?

No supe qué responder.

Esa pregunta vuelve a mí con el trazo de la sonrisa pasajera que se dibujó Romano sobre la cara al terminar de plantearla. Ahí, en la mesa, no pude imaginar ningún documento *inexistente* digno de semejante carga de esperanza y fascinación. Será, me lo digo ahora, porque la esperanza y la fascinación son atributos que asocio al trato con una persona en particular, o porque una doble sensación de desencanto y alivio impone una distancia impracticable entre dos silencios: el que guardé en esa comida con Romano y el que ahora se aproxima al llegar al final de este apunte. Con el tiempo, y en esto va el desencanto, se cansa uno de constatar que las cosas que nada más existen en la imaginación de las personas no sólo suelen agobiarlas y asombrarlas mejor que las cosas que sí son y tiene a su lado, sino que incluso valen y se aprecian más que lo realmente palpable, actual, vivo. Y esto no parece tener remedio. La sensación de alivio tal vez provenga de la misma caverna oscura de la impotencia. Me he hecho a la idea de que con los documentos, como con tantas otras cosas más que reclinan el arco de nuestra infelicidad, siempre llega uno tarde; esto es parte de la grandeza y de la miseria de nuestra tarea, ver-

dadero oficio de rememoración. Y sin embargo confío también en que si por algún motivo el día menos pensado me diera de frente con el documento por el que Romano me preguntaba, mi única preocupación consistiría en conservar aún un par de cosas: la capacidad para leerlo con placer y el vigor para apreciar todos y cada uno de sus impredecibles sentidos.

En lo que eso sucede, como escribió Coleridge en su pequeño cuaderno de apuntes y asombros, confiemos en que los engranes de la naturaleza sigan moviéndose sin control, en que el sol saldrá y en armonía girarán todas las esferas, mientras los dos osos de la noche reiteran las rondanas alrededor de su estaca. Sólo el lenguaje, como se ve, es el que hace posible nuestra esperanza.





TEOSUCANTE Anastacio,
Ex Presidente